

A mis estimados amigos Julio Cepina y  
mi querido amigo.

PA

Archivo

Si á veces me cono-  
ces y sabes que no me he puerido de mi pu-  
lendo pasar por literato. Conozco mi in-  
suficiencia en la materia y tengo la  
franquiza suficiente para declarar me  
verbiendo en la ardua tarea de los estu-  
dios literarios; pero ya que tú has sen-  
do la galanteria de instarme para que  
escriba algunas cosas, quicio complacerte  
refiriendote una historietica de esas que sue-  
len ser tan comunes entre nosotros; pero  
que muestra indiferencia á misos dicha  
poca caridad con que se suele mirar entre  
nosotros la desgracia ajena, de lo pasar  
desapercibida.

Pense y tobera mi inmensa  
tu narracion:

En los alrededores de una de esas  
casas que circundan esta poblacion,  
cayó una hermosa casa de campo que  
fui hecho suyo poco tiempo propiedad  
de un honrado joven, de familia dis-  
tinguida, pero de escasa educacion; el  
cual unido á una tierna y virtuosa  
campesana, pasaba su vida entregado  
á la agricultura para vivir sin con-  
abundancia al menos sin escasez.

La felicidad parecia concibir á aque-  
lla honrada y virtuosa pareja, pero la  
mano de la codicia ajena le prepara-  
ba un abismo insondable de miseria,  
de decepcion y de llanto.

Pablo, así llamaba el honrado la-  
brador entregado al trabajo durante el  
dia, aguardaba, siempre tranquilo la cai-

da de la Sarda, para entezarse; despues de su rosario de costumbre, à las gratias y pueras caricias de Magdalena. Felice el nombre de su dulce y querida compañera.

El trabajo constante y la summa honradez del labrador se defatan ver clamorosamente en el adelanto material de su casa que si en un principio constituia una pobre choza, habia venido à ser, merced à los esfuerzos de Pablo, una bella, aunque pequeña quinta, rodeada de árboles frutales y adornada con un bello jardin, abundante en primorosas flores, cultivado todo al gusto de Magdalena.

Las araucarias de diferentes clases, las rosas de variados y subidos colores, los pensamientos y las clavelas, los alhelios y las violetas; todo esto afuerza allí con hermosura y gallardía, y para colmo de dichas y de encantos una hermosa mata habia venido à ser nueva maná y maná el dulce amor de aquellos esposos.

Nunca habia Pablo un puer que no se suspirara Magdalena.

Sus contentos eran siempre el fruto de su idad y de la aprobacion de sus esposos.

Una mañana, à eso de la noche, Mag<sup>a</sup> Pablo à su casa conduciendo un hermoso caballo de color de perla y de radiada crines.

¡Lindo animal! exclamó Magdalena al verlo. ¿Indudablemente pertenece à alguno de esos ricos de la villa, que te lo han dado para que lo cuides aqui.

No hija, respondió Pablo, este cabal-

¿No me ha parecido muy barato y se lo he comprado a don Ponciano?

- ¿Por cuanto?

FAES 19  
Archie

- Por cinco pesos sencillos.

- ¡Ah!... conque la compra de anoche, diciéndome que no tenias dinero para pagar hoy el trabajo de los peones del arado, era para confundirme con semejante compra. Si seme ocurre que...

- Que se le ocurra, acabas.

- Que tienes entiendo.

- No hizo, era cierto que no tenias dinero para hoy; pero don Ponciano me ha vendido el caballo con seis meses de plazo y ademas me ha prestado veinticinco pesos anuales, a razon de un peso mensual sobre los veinticinco, que en tan poca cantidad no es mucho, y todo con el mismo plazo.

Magdalena se puso furiosa y se le vino al oír a Pablo, como si hubiera podido ver en instante todas las consecuencias de su contrato.

¿La compra de Pío? Pablo confundido. ¿Supo muchas cosas tristes! respondió Magdalena con una dulzura, capaz de hacer llorar a cualquiera. Mira Pablo, no hagas nunca compra al fiado. Ya me figuras que el tal don Ponciano, que para mí es un usurero de esos que mantienen siempre la cabeza sorda a la voz de la caridad y que por un real son capaces de ahorrarse y de ahorrarse a cualquiera, no ha hecho otra cosa que aprovecharse de tu caridad, para llevarse el bocado a costa del trabajo nuestro y que va Dios que bien pronto me nos lance a la ruina.

No hizo responder Pablo, no hay que pagar tan pronto del préstamo, yo creo que

Don Ponciano es muy bueno. Quizá hi-  
ce mal en proceder tan ligero; pero ya no  
hay remedio: el contrato está hecho por do-  
cumento y por malo que sea el maíz, des-  
de año nos da para quedar bien.

Eso precisamente era lo que debía haber  
previsto, respondió Magdalena; ¿No se  
imaginas que esto va a durar tan arduo, co-  
mo va, puede prolongarse demasiado y privar-  
nos de la cosecha en este año? ¿Falta  
que volvieras a donde don Ponciano y le  
propusieras deshacer el contrato aunque  
de teneras que pagarle algo.

— ¡Eh! eso sería muy feo e indigno  
de un hombre honrado.

— Yo te aconsejo eso Pello, porque conozco  
muy bien al tal don Ponciano. Si no  
ignoras que la casa que hoy le tiene a cen-  
dad a don Miguel, se la quitó al padre  
colas, precisamente a cuenta de un pe-  
sado que le dio a interés y todavía dice que  
Miguel le debe y que es un pleiteo porque  
no le paga. Pero es fiero, puedes ver  
como te parece.

Pello dijo en contrato tal  
como lo había celebrado, ni siquiera le decía  
que pensaba que una buena mujer le había  
advertido, y seguía cuidando su caballo, com-  
prado muy barato, según decía él; pero que  
don Ponciano había tenido a buen cuida-  
do ratón de él a la primera ocasión en que  
pudiera sorprender a algún inocente, pues  
la hermosa del bidón iba acompañada  
de muchos defectos, entre otros el ser poco peli-  
groso de trapear diez veces y caer cinco en una  
cuadra de carrera.

La cosecha de maíz fue mala en

aquel año y los temores de Magdalena vinieron  
a convertirse en positiva realidad.

Una mañana llegó don Ponciano a casa  
de Pablo.

Magdalena, que al verlo supuso que  
iba a cobrarle a Pablo, se puso de mil co-  
res.

Don Ponciano después de dar un saludo, fo-  
co comedido a Magdalena, le preguntó por Pa-  
blo.

Valió inmediatamente para la calle, le re-  
spondió Magdalena, pero no tardará, de manera  
que si gusta puede aguardarlo.

Don Ponciano se apeó de la be-  
stia y con aire de satisfacción, como quien dice  
está en mió, tomó un tabureto que estaba en el  
corredor y se sentó.

Después se hizo a aguardar a Pablo,  
quien al verlo le dijo, un tanto espantado:

- Señor don Ponciano ¿por aquí dan de-  
manana?

- Si mi amigo, es tanto don Ponciano con voz  
áspere, yo por aquí ya que él no se defiere por ca-  
sa, pero ayer me hizo esperar de valde todo el  
día para que canceláramos el documento y á es-  
venyo.

U. no dijo de nuevo razón le dijo Pablo, pero  
si no fui a su casa fui porque cuando per-  
caba había se nos enfermó la chiguita que te-  
nemos, y tuve que venir a la villa a traer reme-  
dios y cuando vino era demasiado tarde. Por  
otra parte había pensado ir a su casa a hacer-  
le el olamento, una propuesta que con verguen-  
za me atrevo a hacerle ahora, pero que esperen-  
do en bondad me la aceptará.

U. no ignora que la cosecha de este año se per-  
dió por completo y yo contaba con que del año

do podia sacar con que pagarle, de manera que  
espero me conceda diez ues meses de plazo, y  
yo le pago el interes sobre toda la suma.

Ademas debo advertirle que el merced  
dicho caballo muy caro, pues segun me dicen  
todos no vale sino cuarenta pesos para cargar  
de cargas y no he podido venderlo siquiera por  
la mitad de lo que me costo.

Mi amigo, le contesto don Ponciano, el no  
estaba loco, ni ciego, ni beodo el dia que se lo  
vendí, y es muy extraño que ahora me ven  
ya con esas.

En fin don Ponciano, le dijo Pablo,  
ya le debo esa suma; pero si espero que me con-  
ceda el plazo que le pido paguen ahora me es  
imposible pagarle.

Pero mi amigo, le dijo don Pon-  
ciano tratando de hacer menor aspido su voz; el  
sabe que yo soy muy condescendiente y es po-  
sible que voy a convenir en darle el plazo que me  
pide; pero como somos no tales es preciso que  
el me asegure la suma en esta finca, pagan-  
dome un real de cada tres por ciento mensual  
sobre 134 pesos que hasta hoy me debe por capi-  
tal e intereses, y ademas se compromete a pa-  
garme un peso por cada dia que se pare  
sin pagarme. Despues de cumplido el pla-  
zo.

Es mucho el cuento, le dijo Pablo, el que  
podria pagarle aunque creara todavia.

Este es de los mios, se dijo don  
Ponciano para si y haciendo cara de miel,  
le dijo a Pablo: esta muy bien mi ami-  
go no tenga cuidado.

Con ese interes, mas el de un peso  
diario por la demora se calendia la escritu-  
ra, quedando Pablo muy agradecido de

don Ponciano, por su condescendencia.  
Pasaron otros sesenta y Pablo, por  
circunstancias iguales a las anteriores no tu-  
vo conque pagarle a don Ponciano; pero es-  
te no ocurrió yo a cancelar el documento y  
por el contrario dije a Pablo, como a los ses-  
enta de transcurrido el plazo.

Mi amigo, si que le ha ido mal este año; pero  
no tenga el cuidado que yo no acortumbre  
acabar a los hombres de bien.

El todo suele abandonar la presa que no  
encuentra en sazón, para atraparla cuando  
se halla en mejores días y así obraba este lo-  
lo de apariencias humanas, cuya alma se  
habia encallecido por la avaricia.

Pasaron otros sesenta y entonces ya se puse-  
ron don Ponciano a cobrarle a Pablo, la suma  
con todos sus intereses.

Pablo le dijo que podría pagarle la suma con  
sus intereses primitivos, pero que para los intereses  
diarios no tenía y que aguardaba que me me a lo  
siguiente pudiese que él hablándole con franqueza  
no los habia comprendido.

Este se le pago mi amigo le dijo don Ponciano.  
Ahora mismo voy a efectuarlo para que me pa-  
guen además de este, las costas de un juicio.  
Esto le valieron sus reflexiones que algunas perso-  
nas le hicieron en favor de Pablo, ni las si-  
mplicas y propuestas de este, que retiró diciendo:  
En resulto de favorecer picaros con infelices de  
hombres de bien.

El día siguiente recibí Pablo orden de puen-  
tarse en uno de los juzgados a ser notificado  
de una ejecución librada contra él en favor  
de don Ponciano.

El caballo comprado a don Ponciano, la ca-  
sa y los muebles se fueron embarcados a Pa-

No, los cuales arribados a precios insignifican-  
tes le fueron adjudicados a don Ponciano en  
remate, por la mitad del avaluo, todo acumu-  
lado de lo que Pablo le debía, y todavia queda  
la este debiendo la gran parte de la deuda ori-  
ginada por la compra del caballo y los vein-  
ticinco pesos recibidos a interes.

Desperado Pablo al verse en lo  
callo con su mujer y con sus hijos, desá a ir  
al amparo de Dios y se fue a trabajar al  
Estado del Cauca, en donde sin recursos  
de ninguna especie, murió quemado de  
hambre.

Magdalena murió en el hospital a  
donde fue llevada; despues de haber parado  
todos los trabajos que hacen entre nosotros <sup>estas</sup>  
<sup>personas</sup> que hacen frente al hambre y a los desordenes,  
antes que entregarse a pedir limosna o a tomar  
el camino de la virtud.

Enriqueta, fruto del amor de aquel mal-  
morido, fue recogida por una señora católica,  
que la tiene en su casa con el oficio de costurera.

¿Don Ponciano? Don Ponciano vi-  
ve un mundo mejor, disfrutando de las comodida-  
des, que puede proporcionarle el oro amasado  
a manuales, a aquellos cuya inocencia precipi-  
ta en las redes de su ambicion.

Su conciencia vive rorda a la voz del re-  
mordeamiento y guerra Dios que al sonar le la  
ultima campanilla en el reloj de la eterni-  
dad no odeen su pecho convertidas en furu-  
laemas atormentadas las sombras de tantos  
infelices victimas de sus araucas especu-  
lariones.

No fuggare acaso exagerado en ex-  
tremo, en mis narraciones; pero cuando quie-  
ras convencerte de que no hay exageracion de

mi parte, queda registrar los archivos de un  
lado y, yados civiles y en ellos encontrar  
expedientes conteniendo ejecuciones con do-  
cumentos y resultados equa los sino peca  
a la que acabo de peritarte.

Esto hasta ahora no tiene remedio.  
Los jueces tienen el deber de aplicar la ley  
que fueran cumplir y esta permite ser for-  
ses contratos (\*)

Cuando nos convenzamos que estamos de-  
masado atrasados y que no estamos legi-  
lando para los sabios, sino para los igno-  
rantes, que son los mas entre nosotros, y cuan-  
do al abandonando nuestra mala entendida  
civilizacion nos fijamos en la evolucion re-  
ligiosa como punto de partida en todas las  
ciencias, entonces podremos decir que hemos  
quantificado los intereses de tanto inbi-  
co cuyo sudor gota a la tierra para con-  
vertirse en oro en las areas de los avares.

Ena 30/1896.

Tu amigo

Lorenzo M. Paez

(\*) El artículo 2264 del Código civil dice:  
"Los contratos pueden estipular por via  
de interes la cuota que a bien tuvierem."



Abierta al mundo  
Biblioteca Digital